

CÉSAR VERDUGUEZ GÓMEZ

LA SONRISA DE LAS MUERTAS



CUENTOS DEL MIEDO PARA LECTORES CON CRITERIO

Grupo Editorial

Kipus

ALMA EN PENA

Por una puerta entornada, Altamirano Ronqueras sacó la cabeza con alguna cautela a la calle oscura, ventosa e intimidante, para observar si alguien rondaba cerca.

Vía desierta.

Satisfecho de saber que nadie andaba y que solo el viento frígido levantaba tierra y basura, dio media vuelta y se despidió de quien detrás esperaba su hasta pronto. Salió hacia la fría corriente de aire.

La noche de hielo congelado y negro traía consigo una pesadez de ultratumba.

Las callejuelas del pueblo, tortuosamente empedradas, se debatían con débil iluminación. Algunas yacían sumidas en atemorizantes tinieblas. El viento hacía oscilar ruidosamente las bombillas de luz.

Las sombras danzaban al compás de músicas inaudibles en las oquedades de casas y calles.

El viento soplaba con intensidad variante y jugaba tétricamente con las batientes no aseguradas de las ventanas, golpeándolas contra sus marcos o haciéndolas emitir quejumbrosos chirridos.

El silencio profundo del abismo lóbrego era roto por sonidos misteriosos, encadenados a cantos fúnebres del aire silbante.

Las sombras, espesas e impenetrables, aparentaban ser un nido de espantables criaturas del infierno o la lúgubre sede de un congreso de brujas.

A lo lejos, en dirección al cementerio, se escuchaba aullidos aterradores. Parecía que ángeles de las tinieblas, en negras huestes cabalgando en el viento, hubiesen obligado a la gente a encerrarse en sus casas.

Altamiro Ronqueras indagó la hora que marcaba su reloj. Un gesto de disgusto se pintó en su rostro:

–¡Caramba! Cómo pasa el tiempo –se dijo–. Mi mujer no atenderá razones con semejante retraso. ¿Cómo es que no me di cuenta? ¡Qué descuido!

Caviló un instante y continuó:

–¡Ajá! Repetiré la historia de: Me atajaron en la casa de don Martiriano Urzuetto. Lo visitaré para que mañana confirme que estuve varias horas con su familia. Andando entonces.

No tardó mucho en llegar al domicilio de los Urzuetto, siendo bien recibido y donde le hicieron partícipe de la velada que ofrecían.

Alrededor de una mesa se reunía la familia en una tertulia muy apropiada a la noche. Los hijos, temerosos de irse a dormir solos, escuchaban absortos y asustados los relatos cargados de miedo, susto y pavor. Los más pequeños dormitaban en el regazo de la madre.

Los abuelos hacían gala de sus conocimientos cuentísticos sobre ánimas en pena, condenados y de otros seres no menos fantasmagóricos.

Se escuchaba en silencio y parecía el ambiente cargado de cierto misterio que, sumado al viento que aullaba,

ofrecía al narrador de turno un escenario propicio para que su cuento haga impacto aterrador en el sobresaltado auditorio.

Se conocieron historias pavorosas de vampiros, cadáveres noctámbulos que chupaban la sangre de los vivos; de los populares “kharisiris”: hombres, mujeres o monjes que, en los caminos solitarios, dormían a los viajeros y les sacaban con extraña cirugía la grasa de sus cuerpos. Demonólatras que se entrevistaban con Luzbel para venderse en cuerpo y alma a cambio de la satisfacción de sus deseos, generalmente de riquezas. Damas vestidas de luto impecable que, presentándose a los hombres y, a insinuación de placeres, se hacían acompañar hasta sus moradas que resultaban ser las tumbas del cementerio.

En el círculo hogareño se reunían las más fantásticas creaciones del miedo, la superstición y el temor. Surgían en una danza macabra, pájaros de mal agüero, murciélagos, revoloteando en las grutas de brujas desgreñadas, serpientes viscosas de ojos demoníacos enroscadas en los cogotes de encantadores, esqueletos con cogulla y guadaña, y cabezas descarnadas en medio de cirios y tridentes.

Altamiro Ronqueras, cómodamente arrellanado en un sillón y sorbiendo una taza de té caliente mezclado con licor y limón, escuchaba atentamente disimulando una sonrisa burlona en los labios. No daba crédito a esas historias. En sus tiempos de estudiante sostenía sus dudas sobre la existencia de los espíritus. Seguramente, con su ilustración, podía discutir y refutar las fábulas de beatería que contaban; decir en forma concluyente que

eran tonterías, sin base mínima de veracidad y fruto de mentes enfermizas.

–Y usted, don Altamiro, qué nos cuenta –le habló don Martiriano, echando el humo de su pipa, luego que pasó el momento de estupor que había causado un relato suyo sobre los aparecidos.

–Bueno... yo conozco algo extraído de mis lecturas...

–Cuenta, por favor.

–Bien, narraré un cuento de Bécquer –expresó, y dejando la taza delicada en una mesilla, poniéndose cómodo, empezó: –Un Rey de Castilla...

Al finalizar “El Cristo de la Calavera”, que dejó impresionados a los oyentes por el milagro que sugería, Altamiro Ronqueras, bebiendo la última porción del té espirituoso, se despidió de los Urzueto.

–Mi esposa ha de estar preocupada por mi retraso. Muchas gracias por todo. He pasado una velada agradable.

–Presente nuestros respetos a su bondadosa señora y no tiene nada que agradecemos; está usted en su casa.

Altamiro Ronqueras se fue caminando por las oscuras callejas. El tiempo ventoso y la nebrura permanecían iguales. Daba la impresión de que duendes oscuros en competencia corrían desafortadamente.

No obstante la incredulidad de Ronqueras sobre espectros y resucitados, estaba susceptible.

Al pasar por el frente de casas derruidas o abandonadas creía ver fantasmas e involuntariamente se fijaba, en

cada recodo, de no tropezar con un cadáver andante. Se le figuraba que árboles altos y frondosos eran monstruos en acechanza. Luchaba contra su miedo y, a la vez, deseaba no encontrarse con un representante del infierno. El ruido de sus pasos le asustaba, el llanto del viento le irritaba los nervios; tal le parecía que un genio del mal le aguardaba o perseguía con fines maléficos.

—¡Diablos! ¿Por qué habría ido a escuchar sandeces en tan horrible noche?

Procuró apartar sus temores y se alegró de estar cerca de su casa. Casi había llegado.

Faltaba media cuadra, de pronto... paró en seco, se paralizó. Abrió los ojos desmesuradamente a punto de desorbitarlos. Quiso tragar saliva sin lograrlo. Sintió que sus cabellos se le erizaban. Quedóse de una sola pieza, inerte y pasmado. Un sudor frío le chorreó por todo el cuerpo.

En la puerta de su casa se hallaba, sentada en el pretil, una visión agachada.

No tenía la apariencia de un ser humano ni de bestia. Era algo inmaterial, sin color definitivo e impalpable. Una sombra sutil, informe, anímica, vaporosa e insubstancial.

Ronqueras, recobrando su ánimo, retrocedió para replegarse en el vano de una puerta. Desde esa posición observó con más detenimiento, aún cuando el susto le impelía a correr.

Recordó a los Urzuetos. Un estremecimiento le hizo convencer de que él estaba errado en sus creencias.

Pues, eso que veía... ¡Era un alma! ¡Un alma en pena!

¿Podía ingresar en la casa con esa ánima a su paso? ¡Imposible! Según referencias de los conocedores se desangraría al estar cerca y mirarla. Además, él no desafiaría a lo extraterrenal. No estaba loco para ir, dar las buenas noches, decir permiso y entrar.

Decidió esperar hasta que se fuera por propia voluntad.

Pero, el alma parecía no querer recogerse a los dominios de donde vino, probablemente del purgatorio. De su posición acurrucada no movía un solo dedo, si es que lo tenía.

¿Por qué estaba en su puerta? ¡Ah! Seguramente era el alma de un conocido suyo, por quien, sus familiares, no han elevado los votos necesarios para abreviarle el sufrimiento en las llamas; y venía personalmente, si cabe la palabra, a reclamar tales sufragios. De eso estaba orgulloso. La gente del lugar recurría a él para un consejo o para dilucidar riñas. ¡Hasta las ánimas le buscaban ahora!

Tal vez murió un pariente y su alma venía en visita de cortesía para despedirse. ¿Sería su primo o su tío? ¿O su prima o tía? No lograba distinguir el sexo al que pertenecía.

Ojalá se fuera pronto. Pero... ¡Caray! Ni se mueve.

Si se alejara de inmediato, sin falta en la mañana, haría oficiar varias misas para que abandonara el purgatorio.

¿Cuál habría sido la posición social del finado, para así pagar misa de primera, segunda o tercera?

¡Caráspitas! ¿A qué hora se recogerá?

¡Diablos! No importaría que haya sido un pobretón, un don nadie, pero, si se retirara con prontitud, pagaría

misas de primera clase cantadas y con tres sacerdotes:
¡De las que cobren más!

–¡Cuánto tarda! Esta vez Concepción ha de sospechar.
Mi coartada de nada servirá.

¡Ahumm! Haré que le recen responsos cada día.

¡Caracoles! Son las tres de la madrugada, el frío que hace y no se mueve aquella alma bendita o maldita. ¿No le hará temblar como está haciéndolo conmigo?

–¿Qué puedo hacer? Concepción no aceptará mis explicaciones.

¡Ahummm! ¿A qué rato se irá? ¿No se retrasará en la hora de entrada al purgatorio? ¿Qué días le darán libre?

–¡Almita querida!, en Todos Santos haré armar una mesa en tu nombre, que sea la más rica y adornada del pueblo, pero... por favor: ¡Andate!

El dos de noviembre he visto que esperan a las almas con bebidas y comidas que en vida gustaron a los difuntos. He visto que a los borrachines les esperan con abundantes bebidas alcohólicas, para que su ánima se sirva aunque simbólicamente. ¿Cómo regresarán de étlicas las almas a su castigo?

¡Ahummm! Las cuatro y media de la madrugada. Mejor caminaré por las calles. No. Mejor no. Nada raro sería que en una esquina se me presente el mismísimo cornudo de Satanás.

¿Y si le hiciera asustar? ¿Se asustarán las almas? Arrojaré una piedra. Si viene hacia mí, huiré.

Las cinco y media.

Ronqueras lanzó, hacia su puerta, dos, tres y hasta una docena de piedras, pedazos de ladrillos y otros proyectiles, sin lograr inmutar ni conseguir un breve movimiento de la supuesta alma.

Su asombro se acrecentó al ver que los pedruscos le atravesaban para dar contra la madera y la pared.

–¡Qué alma impertérrita! No hay otra alternativa que esperar el amanecer. Las almas andan solamente de noche. Al rayar el día se van. ¡Barrrr! ¡Qué frío!

El cielo, rato después, se vio coronado por una diadema brillante de luces. Clareaba el alba.

Ronqueras esperó que el día se pintara enteramente. Llegada la luz en su totalidad se fijó y... ¡En la plenitud del día, el alma permanecía en el lugar!

¡No podía ser! ¡Increíble! Habiéndose marchado su miedo con las sombras nocturnas, se acercó cautelosamente hasta situarse a pocos metros...

¡Oh, maldición! ¡Toda una noche sin dormir, a la intemperie, fuera de su casa y, por si fuera poco, el futuro lío con su mujer, tan solo por eso...!

¡Malditos, malditos, mil veces malditos los borrachos!

Algún malhadado ebrio había orinado en su puerta, dejando una mancha húmeda que a la distancia y en la penumbra parecía un alma acurrucada, sentada en la grada de acceso.





LA MUERTE TE MIRA, SONRÍE Y ANOTA TU NOMBRE EN
SU LIBRO LA LISTA DE LAS PRÓXIMAS PERSONITAS QUE
SE LLEVARÁ A SUS OSCUROS Y GÉLDOS DOMINIOS

ISBN: 978-99974-66-47-1



9 789997 466471